

UN MOZO TREPADO AL TECHO DEL CABILDO

Manuel estaba subido al techo inclinado y resbaloso del Cabildo. Uno de sus pies resbaló peligrosamente. ¡Nooo!-gritaba la multitud en la Plaza de la Victoria. Casilda y Juan Dumont miraban con la boca abierta. Era el 25 de Mayo de 1810 y una revolución estaba en marcha. Pero los chicos tenían que volver a casa y salieron apurados abriéndose paso entre la gente. Cuando estaban en camino, un hombre cubriendo su rostro con un poncho los cruzó por la calle. Era un español que escapaba aprovechando la oscuridad de la noche. Juan Dumont sentía que un fuego ardía en su corazón, era el fuego de un guerrero. Todo esto sucedía en aquella semana de infierno en que Buenos Aires se abrazó a un sueño imposible.

UN MOZO TREPADO AL TECHO DEL CABILDO

Historia olvidada
del 25 de Mayo de 1810



ISBN 978-987-4007-22-3



Fernando Onetto

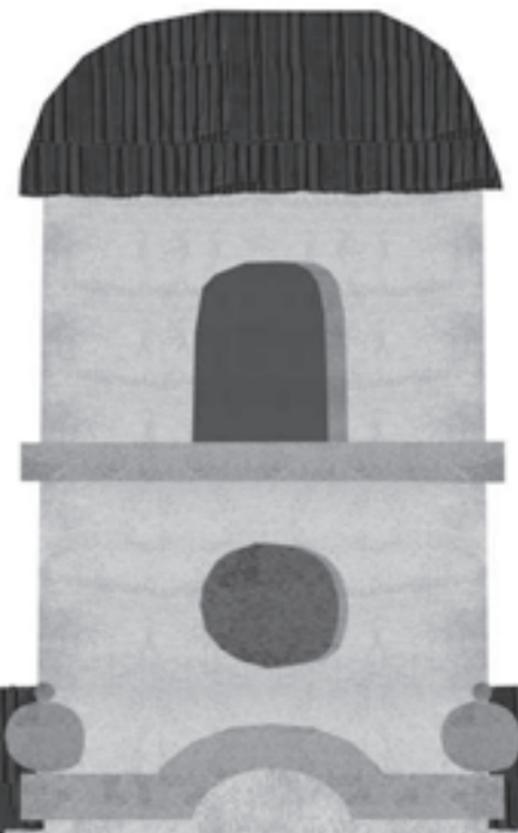
Ilustraciones: Ana Mac Donagh



NUESTRA
PATRIA

UN MOZO TREPADO AL TECHO DEL CABILDO

Historia olvidada del 25 de Mayo de 1810



Fernando Onetto

Ilustraciones: Ana Mac Donagh



Estamos seguros de que acabada la cuarentena, las laminas se acercaran a una librería a buscar este libro, del cual les acercamos una parte para colaborar con la continuidad educativa. Evitemos las fotocopias y cualquier tipo de piratería. Ser respetuoso del trabajo de los demás es parte importante de la educación.

EDITORIAL HOLA CHICOS

Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina.

Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998

e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar

www.holachicos.com.ar

UN MOZO TREPADO AL TECHO DEL CABILDO

Autor: Fernando Onetto

Ilustraciones: Ana Mac Donagh

Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-4007-22-3

Producción gráfica de 1.500 ejemplares realizada por Printerra SRL
Enero 2017

Onetto, Fernando Luis

Un mozo trepado al techo del Cabildo : historia olvidada del 25 de Mayo de 1810 / Fernando Luis Onetto ; ilustrado por Ana Mac Donagh. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2017.

64 p. : il. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-4007-22-3

1. Novelas Históricas. I. Mac Donagh, Anahí, illus. II. Título.
CDD A863

©2017 H olaChicos SRL

Quedahechoel depósi to que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.



ÍNDICE

Invasión de caras pálidas	5
Tres años más tarde	13
Junto del río	21
La Plaza de la Victoria	29
Volviendo a casa	43
El plan Simona	53
Epílogo	63



INVASIÓN DE CARAS PÁLIDAS

El sol del mediodía metía a todos a dormir la siesta. Las calles de aquella ciudad que creció junto al río estaban vacías. Solo se escucharon los pasos furtivos de un negrito que llevaba un recado de una casa a otra. Su sombrita atravesaba la tierra seca corriendo detrás suyo. Juan Dumont dejó de mirar por la ventana que estaba medio abierta con la luz que entraba entre los barrotes de hierro. Tenía diez años. Se sentó en la sala vacía. Escuchaba los ruidos y la charla de sus cuatro hermanos en la habitación trasera. Hablaban en voz baja

para no despertar a sus padres. Juan, como le decía su padre, ya no pudo mantener los ojos abiertos y se durmió.

De pronto, un golpe fuerte. La culata de un fusil rompió los vidrios de la ventana. Se despertó sobresaltado. Una cara blanca, tan pálida como no había visto ninguna en su vida, miraba a través de los barrotes de hierro. Enseguida, esa cara color harina se asomó por el hueco de la puerta. Ojos verdes, bigote y... ¡cabello colorado! Juan nunca había visto a un pelirrojo. El uniforme estaba impecable. Su color azul acero resplandecía bajo el sol. El soldado tenía una mirada dura, experimentada. El bigote grueso y desprolijo le cubría el labio superior de su boca. Un pelo largo del bigote le llegaba casi hasta la barbilla.

El soldado repasó con sus ojos la habitación. Miró al niño un instante. Sus

ojos se encontraron. Desvió la vista y siguió su camino. Juan quedó con la boca abierta sentado en el sillón, le faltaba el aire. Era como si hubiera visto un fantasma. Otro



soldado pasó por delante de la casa. Y otro... Era una fila de hombres.

—¡Llegaron los ingleses! —gritó el negro Francisco. Los otros criados llenaron la habitación.

Mientras se le unían sus hermanos, Juan recordó que había escuchado algo sobre barcos ingleses en el río. Los regimientos de criollos habían estado practicando durante las últimas semanas. Fusiles, bayonetas y pistolas se veían por todas partes en las calles de Buenos Aires. El regimiento de Patricios, el Batallón de Castas, los Arribeños, Artilleros de la Unión, Húsares de Pueyrredón... Juanito ya no recordaba más nombres. Él amaba los uniformes, soñaba con ser militar. Algo le quemaba la panza, un fuego que lo tiraba para adelante y no lo dejaba pensar. Ya no escuchó más el alboroto. Estaba aislado en su campana de rabia. Juanito

agarró un sable más alto que él y enfiló para la puerta. La grave voz de su padre se escuchó fuerte y dura.

—Juan, ¡vos no te movés de acá! —gritó don José Dumont. Su padre lo miraba



serio. Una pistola atravesaba la faja blanca alrededor de su cintura. Juan no necesitó más palabras. Bajó los ojos y se fue con sus hermanos.

Mercedes, la madre de Juan, se acercó, y por la rendija de la puerta vio cómo pasaban los ingleses con sus botas golpeando el piso. Una bandera blanca con una cruz roja cosida en el centro atravesó el umbral. Iban a la Plaza de la Victoria por las calles de acceso. La mujer sintió un hueco de angustia en el estómago. Buenos Aires era atacada. Los ingleses habían vuelto.

Don José dejó la habitación y se fue por la puerta trasera. Juanito no se podía contener. Unos minutos más tarde, se ponía unas botas, listo para salir a la calle. Encarnación, la mulata que lo había criado, lo miraba asombrada: “¡El niño quería ir a pelear!”, pensó horrorizada.

Afuera comenzaron a sonar los fusiles y los cañones, el griterío de la gente del pueblo que estaba en las barricadas a los pistoletazos atronó el aire. El ruido se hizo ensordecedor. Juanito escuchó por primera vez en su vida el grito: “¡Viva la Patria!”

Los ingleses no paraban de correr. ¡Eran miles...!



